



ERIC HOBSBAWM

LA ERA DEL
IMPERIO

1875-1914



LIBROS *de* HISTORIA

ERIC HOBSBAWM

LA ERA DEL IMPERIO,
1875-1914



CRÍTICA
BARCELONA

1. LA REVOLUCIÓN CENTENARIA

«Hogan es un profeta ... Un profeta, Hinnyssy, es un hombre que predice los problemas ... Hogan es hoy el hombre más feliz del mundo, pero mañana algo ocurrirá.»

Mr. Dooley Says, 1910¹

I

Los centenarios son una invención de finales del siglo XIX. En algún momento entre el centenario de la Revolución norteamericana (1876) y el de la Revolución francesa (1889) —celebrados ambos con las habituales exposiciones internacionales— los ciudadanos educados del mundo occidental adquirieron conciencia del hecho de que este mundo, nacido entre la Declaración de Independencia, la construcción del primer puente de hierro del mundo y el asalto de la Bastilla tenía ya un siglo de antigüedad. ¿Qué comparación puede establecerse entre el mundo de 1880 y el de 1780?*

En primer lugar, se conocían todas las regiones del mundo, que habían sido más o menos adecuada o aproximadamente cartografiadas. Con algunas ligeras excepciones, la exploración no equivalía ya a «descubrimiento», sino que era una forma de empresa deportiva, frecuentemente con fuertes elementos de competitividad personal o nacional, tipificada por el intento de dominar el medio físico más riguroso e inhóspito del Ártico y el Antártico. El estadounidense Peary fue el vencedor en la carrera por alcanzar el polo norte en 1909, frente a la competencia de ingleses y escandinavos; el noruego Amundsen alcanzó el polo sur en 1911, un mes antes de que lo hiciera el desventurado capitán inglés Scott. (Ninguno de los dos logros tuvo ni pretendía tener consecuencias prácticas.) Gracias al ferrocarril y a los barcos de vapor, los viajes intercontinentales y transcontinentales se habían reducido a cuestión de semanas en lugar de meses, excepto en las grandes extensiones de África, del Asia continental y en algunas zonas del interior de Suramérica, y a no tardar llegaría a ser cuestión de días: con la terminación del ferrocarril transiberiano en 1904 sería posible viajar desde París a Vladivostok en

* En *La era de la revolución*, capítulo 1, se analiza ese mundo más antiguo.

quince o dieciséis días. El telégrafo eléctrico permitía el intercambio de información por todo el planeta en sólo unas pocas horas. En consecuencia, un número mucho mayor de hombres y mujeres del mundo occidental —pero no sólo ellos— se vieron en situación de poder viajar y comunicarse en largas distancias con mucha mayor facilidad. Mencionemos tan sólo un caso que habría sido considerado como una fantasía absurda en la época de Benjamin Franklin. En 1879, casi un millón de turistas visitó Suiza. Más de doscientos mil eran norteamericanos el equivalente de más de un 5 por 100 de toda la población de los Estados Unidos en el momento en que se realizó su primer censo (1790).^{*2}

Al mismo tiempo, era un mundo mucho más densamente poblado. Las cifras demográficas son tan especulativas, especialmente por lo que se refiere a finales del siglo XVIII, que carece de sentido y parece peligroso establecer una precisión numérica, pero no ha de ser excesivamente erróneo el cálculo de que los 1.500 millones de almas que poblaban el mundo en el decenio de 1890 doblaban la población mundial de 1780. El núcleo más importante de la población mundial estaba formado por asiáticos, como habría ocurrido siempre, pero mientras que en 1800 suponían casi las dos terceras partes de la humanidad (según cálculos recientes), en 1900 constituían aproximadamente el 55 por 100. El siguiente núcleo en importancia estaba formado por los europeos (incluyendo la Rusia asiática, débilmente poblada). La población europea había pasado a más del doble, aproximadamente de 200 millones en 1800 a 430 millones en 1900 y, además, su emigración en masa al otro lado del océano fue en gran medida responsable del cambio más importante registrado en la población mundial, el incremento demográfico de América del Norte y del Sur desde 30 millones a casi 160 millones entre 1800 y 1900, y más específicamente en Norteamérica, de 7 millones a 80 millones de almas. El devastado continente africano, sobre cuya demografía es poco lo que sabemos, creció más lentamente que ningún otro, aumentando posiblemente la población una tercera parte a lo largo del siglo. Mientras que a finales del siglo XVIII el número de africanos triplicaba al de norteamericanos (del Norte y del Sur), a finales del siglo XIX la población americana era probablemente mucho mayor. La escasa población de las islas del Pacífico, incluyendo Australia, aunque incrementada por la emigración europea desde unos dos millones a seis millones de habitantes, tenía poco peso demográfico.

Ahora bien, mientras que el mundo se ampliaba demográficamente, se reducía desde el punto de vista geográfico y se convertía en un espacio más unitario —un planeta unido cada vez más estrechamente como consecuencia del movimiento de bienes e individuos, de capital y de comunicaciones, de productos materiales y de ideas—, al mismo tiempo sufría una división. En el decenio de 1780, como en todos los demás períodos de la historia, existían

* Véase un análisis más completo de ese proceso de globalización en *La era del capital*, capítulos 3 y 11.

regiones ricas y pobres, economías y sociedades avanzadas y retrasadas y unidades de organización política y fuerza militar más fuertes y más débiles. Es igualmente cierto que un abismo importante separaba a la gran zona del planeta donde se habían asentado tradicionalmente las sociedades de clase y unos estados y ciudades más o menos duraderos dirigidos por unas minorías cultas y que —afortunadamente para el historiador— generaban documentación escrita, de las regiones situadas al norte y al sur de aquélla, en la que concentraban su atención los etnógrafos y antropólogos de las postrimerías del siglo XIX y los albores del siglo XX. Sin embargo, en el seno de esa gran zona, que se extendía desde Japón en el este hacia las orillas del Atlántico medio y norte y hasta América, gracias a la conquista europea, y en la que vivía una gran mayoría de la población, las disparidades, aunque importantes, no parecían insuperables.

Por lo que respecta a la producción y la riqueza, por no mencionar la cultura, las diferencias entre las más importantes regiones preindustriales eran, según los parámetros actuales, muy reducidas; entre 1 y 1,8. En efecto, según un cálculo reciente, entre 1750 y 1800 el producto nacional bruto (PNB) per cápita en lo que se conoce actualmente como los «países desarrollados» era muy similar a lo que hoy conocemos como el «tercer mundo», aunque probablemente ello se deba al tamaño ingente y al peso relativo del imperio chino (con aproximadamente un tercio de la población mundial), cuyo nivel de vida era probablemente superior al de los europeos en ese momento.³ Es posible que en el siglo XVIII los europeos consideraran que el Celeste Imperio era un lugar sumamente extraño, pero ningún observador inteligente lo habría considerado, de ninguna forma, como una economía y una civilización inferiores a las de Europa, y menos aún como un país «atrasado». Pero en el siglo XIX se amplió la distancia entre los países occidentales, base de la revolución económica que estaba transformando el mundo, y el resto, primero lentamente y luego con creciente rapidez. En 1880 (según el cálculo al que nos hemos referido anteriormente) la renta per cápita en el «mundo desarrollado» era más del doble de la del «tercer mundo»; en 1913 sería tres veces superior y con tendencia a ampliarse la diferencia. En 1950, la diferencia era de 1 a 5, y en 1970, de 1 a 7. Además, las distancias entre el «tercer mundo» y las partes realmente desarrolladas del «mundo desarrollado», es decir, los países industrializados, comenzaron a establecerse antes y se hicieron aún mayores. La renta per cápita era ya doble que en el «tercer mundo» en 1830 y unas siete veces más elevada en 1913.*

* La cifra que indica la participación per cápita en el producto nacional bruto (PNB) es una construcción puramente estadística: el PNB dividido por el número de habitantes. Si bien es útil para realizar comparaciones generales de crecimiento económico entre diferentes países y/o períodos, no aporta información alguna sobre los ingresos reales ni sobre el nivel de vida de cualquier persona de la zona y tampoco sobre la distribución de las rentas, excepto que, teóricamente, en un país con un índice per cápita elevado existe más para repartir que en un país con un índice per cápita bajo.

La tecnología era una de las causas fundamentales de ese abismo, que reforzaba no sólo económica sino también políticamente. Un siglo después de la Revolución francesa era cada vez más evidente que los países más pobres y atrasados podían ser fácilmente derrotados y (a menos que fueran muy extensos) conquistados, debido a la inferioridad técnica de su armamento. Ese era un hecho relativamente nuevo. La invasión de Egipto por Napoleón en 1798 había enfrentado los ejércitos francés y mameluco con un equipamiento similar. Las conquistas coloniales de las fuerzas europeas habían sido conseguidas gracias no sólo a un armamento milagroso, sino también a una mayor agresividad y brutalidad y, sobre todo, a una organización más disciplinada.⁴ Pero la revolución industrial, que afectó al arte de la guerra en las décadas centrales del siglo (véase *La era del capital*, capítulo 4) inclinó todavía más la balanza en favor del mundo «avanzado» con la aparición de los explosivos, las ametralladoras y el transporte en barcos de vapor (véase *infra*, capítulo 13). Los cincuenta años transcurridos entre 1880 y 1930 serían, por esa razón, la época de oro, o más bien de hierro, de la diplomacia de los cañones.

Así pues, en 1880 no nos encontramos ante un mundo único, sino frente a dos sectores distintos que forman un único sistema global: los desarrollados y los atrasados, los dominantes y los dependientes, los ricos y los pobres. Pero incluso esta división puede inducir al error. En tanto que el primero de esos mundos (más reducido) se hallaba unido, pese a las importantes disparidades internas, por la historia y por ser el centro del desarrollo capitalista, lo único que unía a los diversos integrantes del segundo sector del mundo (mucho más amplio) eran sus relaciones con el primero, es decir, su dependencia real o potencial respecto a él. ¿Qué otra cosa, excepto la pertenencia a la especie humana, tenían en común el imperio chino con Senegal, Brasil con las Nuevas Hébridas, o Marruecos con Nicaragua? Ese segundo sector del mundo no estaba unido ni por la historia, ni por la cultura, ni por la estructura social ni por las instituciones, ni siquiera por lo que consideramos hoy como la característica más destacada del mundo dependiente, la pobreza a gran escala. En efecto, la riqueza y la pobreza como categorías sociales sólo existen en aquellas sociedades que están de alguna forma estratificadas y en aquellas economías estructuradas en algún sentido, cosas ambas que no ocurrían todavía en algunas partes de ese mundo dependiente. En todas las sociedades humanas que han existido a lo largo de la historia ha habido determinadas desigualdades sociales (además de las que existen entre los sexos), pero si los marajás de la India que visitaban los países de Occidente podían ser tratados como si fueran millonarios en el sentido occidental de la palabra, los hombres importantes o los jefes de Nueva Guinea no podían ser asimilados de esa forma, ni siquiera conceptualmente. Y si la gente común de cualquier parte del mundo, cuando abandonaba su lugar de origen, ingresaba normalmente en las filas de los trabajadores, convirtiéndose en miembros de la categoría de los «pobres», no tenía sentido alguno aplicarles este calificativo en su hábitat nativo. De cualquier forma, había zonas privilegiadas del mundo —especial-

mente en los trópicos— donde nadie carecía de cobijo, alimento u ocio. De hecho, existían todavía pequeñas sociedades en las cuales no tenían sentido los conceptos de trabajo y ocio y no existían palabras para expresarlos.

Si era innegable la existencia de dos sectores diferentes en el mundo, las fronteras entre ambos no estaban definidas, fundamentalmente porque el conjunto de estados que realizaron la conquista económica —y política en el período que estamos analizando— del mundo estaban unidos por la historia y por el desarrollo económico. Constituían «Europa», y no sólo aquellas zonas, fundamentalmente en el noroeste y el centro de Europa y algunos de sus asentamientos de ultramar, que formaban claramente el núcleo del desarrollo capitalista. «Europa» incluía las regiones meridionales que en otro tiempo habían desempeñado un papel central en el primer desarrollo capitalista, pero que desde el siglo XVI estaban estancadas, y que habían conquistado los primeros imperios europeos de ultramar, en especial las penínsulas italiana e ibérica. Incluía también una amplia zona fronteriza oriental donde durante más de un milenio la cristiandad —es decir, los herederos y descendientes del imperio romano—* habían rechazado las invasiones periódicas de los conquistadores militares procedentes del Asia central. La última oleada de estos conquistadores, que habían formado el gran imperio otomano, habían sido expulsados gradualmente de las extensas áreas de Europa que controlaban entre los siglos XVI y XVIII y sus días en Europa estaban contados, aunque en 1880 todavía controlaban una franja importante de la península balcánica (algunas partes de la Grecia, Yugoslavia y Bulgaria actuales y toda Albania), así como algunas islas. Muchos de los territorios reconquistados o liberados sólo podían ser considerados «europeos» nominalmente: de hecho, a la península balcánica se la denominaba habitualmente el «Próximo Oriente» y, en consecuencia, la región del Asia suroccidental comenzó a conocerse como Oriente Medio. Por otra parte, los dos estados que con mayor fuerza habían luchado para rechazar a los turcos eran o llegaron a ser grandes potencias europeas, a pesar del notable retraso que sufrían todos o algunos de sus territorios: el imperio de los Habsburgo y sobre todo el imperio de los zares rusos.

En consecuencia, amplias zonas de «Europa» se hallaban en el mejor de los casos en los límites del núcleo de desarrollo capitalista y de la sociedad burguesa. En algunos países, la mayoría de los habitantes vivían en un siglo distinto que sus contemporáneos y gobernantes; por ejemplo, las costas adriáticas de Dalmacia o de la Bukovina, donde en 1880 el 88 por 100 de la población era analfabeta, frente al 11 por 100 en la Baja Austria, que formaba parte del mismo imperio.⁵ Muchos austríacos cultos compartían la convicción

* Entre el siglo v d.C. y 1453 el imperio romano sobrevivió con éxito diverso según las épocas, con su capital en Bizancio (Estambul) y con el cristianismo ortodoxo como religión oficial. El zar ruso, como indica su nombre (zar = César; Zarigrado «ciudad del emperador», es todavía el nombre eslavo de Estambul), se consideraba sucesor de ese imperio y a Moscú como «la tercera Roma».

de Metternich de que «Asia comienza allí donde los caminos que se dirigen al Este abandonan Viena», y la mayor parte de los italianos del norte consideraban a los del sur de Italia como una especie de bárbaros africanos, pero lo cierto es que en ambas monarquías las zonas atrasadas constituían únicamente una parte del estado. En Rusia, la cuestión de «¿europeo o asiático?» era mucho más profunda, pues prácticamente toda la zona situada entre Bielorrusia y Ucrania y la costa del Pacífico en el este estaba plenamente alejada de la sociedad burguesa a excepción de un pequeño sector educado de la población. Sin duda, esta cuestión era objeto de un apasionado debate público.

Ahora bien, la historia, la política, la cultura y, en gran medida también, los varios siglos de expansión por tierra y por mar en los territorios de ese segundo sector del mundo vincularon incluso a las zonas atrasadas del primer sector con las más adelantadas, si exceptuamos determinados enclaves aislados de las montañas de los Balcanes y otros similares. Rusia era un país atrasado, aunque sus gobernantes miraban sistemáticamente hacia Occidente desde hacía dos siglos y habían adquirido el control sobre territorios fronterizos por el oeste, como Finlandia, los países del Báltico y algunas zonas de Polonia, territorios todos ellos mucho más avanzados. Pero desde el punto de vista económico, Rusia formaba parte de «Occidente», en la medida en que el gobierno se había embarcado decididamente en una política de industrialización masiva según el modelo occidental. Políticamente, el imperio zarista era colonizador antes que colonizado y, culturalmente, la reducida minoría educada rusa era una de las glorias de la civilización occidental del siglo XIX. Es posible que los campesinos de la Bukovina, en los territorios más remotos del noreste del imperio de los Habsburgo,* vivieran todavía en la Edad Media, pero su capital Chernowitz (Cernovtsi) contaba con una importante universidad europea y la clase media de origen judío, emancipada y asimilada, no vivía en modo alguno según los patrones medievales. En el otro extremo de Europa, Portugal era un país reducido, débil y atrasado, una semicolonía inglesa con muy escaso desarrollo económico. Sin embargo, Portugal no era meramente un miembro del club de los estados soberanos, sino un gran imperio colonial en virtud de su historia. Conservaba su imperio africano, no sólo porque las potencias europeas rivales no se ponían de acuerdo sobre la forma de repartírselo, sino también porque, siendo «europeas», sus posesiones no eran consideradas —al menos totalmente— como simple materia prima para la conquista colonial.

En el decenio de 1880, Europa no era sólo el núcleo original del desarrollo capitalista que estaba dominando y transformando el mundo, sino con mucho el componente más importante de la economía mundial y de la sociedad burguesa. No ha habido nunca en la historia una centuria más europea ni volverá a haberla en el futuro. Desde el punto de vista demográfico,

* Esta región pasó a Rumanía en 1918 y desde 1947 forma parte de la República Soviética de Ucrania.

el mundo contaba con un número mayor de europeos al finalizar el siglo que en sus inicios, posiblemente uno de cada cuatro frente a uno de cada cinco habitantes.⁶ El Viejo Continente, a pesar de los millones de personas que de él salieron hacia otros nuevos mundos, creció más rápidamente. Aunque el ritmo y el ímpetu de su industrialización hacían de Norteamérica una superpotencia económica mundial del futuro, la producción industrial europea era todavía más de dos veces la de Norteamérica y los grandes adelantos tecnológicos procedían aún fundamentalmente de la zona oriental del Atlántico. Fue en Europa donde el automóvil, el cinematógrafo y la radio adquirieron un desarrollo importante. (Japón se incorporó muy lentamente a la moderna economía mundial, aunque su ritmo de avance fue más rápido en el ámbito de la política.)

En cuanto a las grandes manifestaciones culturales, el mundo de colonización blanca en ultramar seguía dependiendo decisivamente del Viejo Continente. Esta situación era especialmente clara entre las reducidas elites cultas de las sociedades de población no blanca, por cuanto tomaban como modelo a «Occidente». Desde el punto de vista económico, Rusia no podía compararse con el crecimiento y la riqueza de los Estados Unidos. En el plano cultural, la Rusia de Dostoievski (1821-1881), Tolstoi (1828-1910), Chéjov (1860-1904), de Chaikovsky (1840-1893), Borodin (1834-1887) y Rimski-Korsakov (1844-1908) era una gran potencia, mientras que no lo eran los Estados Unidos de Mark Twain (1835-1910) y Walt Whitman (1819-1892), aun si contamos entre los autores norteamericanos a Henry James (1843-1916), que había emigrado hacía tiempo a la atmósfera más acogedora del Reino Unido. La cultura y la vida intelectual europeas eran todavía cosa de una minoría de individuos prósperos y educados y estaban adaptadas para funcionar perfectamente en y para ese medio. La contribución del liberalismo y de la izquierda ideológica que lo sustentaba fue la de intentar que esta cultura de elite pudiera ser accesible a todo el mundo. Los museos y las bibliotecas gratuitos fueron sus logros característicos. La cultura norteamericana, más democrática e igualitaria, no alcanzó su mayoría de edad hasta la época de la cultura de masas en el siglo xx. Por el momento, incluso en aspectos tan estrechamente vinculados con el progreso técnico como las ciencias, los Estados Unidos quedaban todavía por detrás, no sólo de los alemanes y los ingleses, sino incluso del pequeño país neerlandés, a juzgar por la distribución geográfica de los premios Nobel en el primer cuarto de siglo.

Pero si una parte del «primer mundo» podía haber encajado perfectamente en la zona de dependencia y atraso, prácticamente todo el «segundo mundo» estaba inmerso en ella, a excepción de Japón, que experimentaba un proceso sistemático de «occidentalización» desde 1868 (véase *La era del capital*, capítulo 8) y los territorios de ultramar en los que se había asentado un importante núcleo de población descendiente de los europeos —en 1880 precedente todavía en su mayor parte del noroeste y centro de Europa—, a excepción, por supuesto, de las poblaciones nativas a las que no consiguieron eliminar. Esa dependencia —o, más exactamente, la imposibilidad de mante-

nerse al margen del comercio y la tecnología de Occidente o de encontrar un sustituto para ellas, así como para resistir a los hombres provistos de sus armas y organización— situó a unas sociedades, que por lo demás nada tenían en común, en la misma categoría de víctimas de la historia del siglo XIX, frente a los grandes protagonistas de esa historia. Como afirmaba de forma un tanto despiadada un dicho occidental con un cierto simplismo militar: «Ocurra lo que ocurra, tenemos las armas y ellos no las tienen».⁷

Por comparación con esa diferencia, las disparidades existentes entre las sociedades de la edad de piedra, como las de las islas melanesias, y las sofisticadas y urbanizadas sociedades de China, la India y el mundo islámico parecían insignificantes. ¿Qué importaba que sus creaciones artísticas fueran admirables, que los monumentos de sus culturas antiguas fueran maravillosos y que sus filosofías (fundamentalmente religiosas) impresionaran a algunos eruditos y poetas occidentales al menos tanto como el cristianismo, o incluso más? Básicamente, todos esos países estaban a merced de los barcos procedentes del extranjero, que descargaban bienes, hombres armados e ideas frente a los cuales se hallaban indefensos y que transformaban su universo en la forma más conveniente para los invasores, cualesquiera que fueran los sentimientos de los invadidos.

No significa esto que la división entre los dos mundos fuera una mera división entre países industrializados y agrícolas, entre las civilizaciones de la ciudad y del campo. El «segundo mundo» contaba con ciudades más antiguas que el primero y tanto o más grandes: Pekín, Constantinopla. El mercado capitalista mundial del siglo XIX dio lugar a la aparición, en su seno, de centros urbanos extraordinariamente grandes a través de los cuales se canalizaban sus relaciones comerciales: Melbourne, Buenos Aires o Calcuta tenían alrededor de medio millón de habitantes en 1880, lo cual suponía una población superior a la de Amsterdam, Milán, Birmingham o Munich, mientras que los 750.000 de Bombay hacían de ella una urbe mayor que todas las ciudades europeas, a excepción de apenas media docena. Pese a que con algunas excepciones las ciudades eran más numerosas y desempeñaban un papel más importante en la economía del primer mundo, lo cierto es que el mundo «desarrollado» seguía siendo agrícola. Sólo en seis países europeos la agricultura no empleaba a la mayoría —por lo general, una amplia mayoría— de la población masculina, pero esos seis países constituían el núcleo del desarrollo capitalista más antiguo: Bélgica, el Reino Unido, Francia, Alemania, los Países Bajos y Suiza. Ahora bien, únicamente en el Reino Unido la agricultura era la ocupación de una reducida minoría de la población (aproximadamente una sexta parte); en los demás países empleaba entre el 30 y el 45 por 100 de la población.⁸ Ciertamente, había una notable diferencia entre la agricultura comercial y sistematizada de las regiones «desarrolladas» y la de las más atrasadas. Era poco lo que en 1880 tenían en común los campesinos daneses y búlgaros desde el punto de vista económico, a no ser el interés por los establos y los campos. Pero la agricultura, al igual que los antiguos oficios artesanos, era una forma de vida profundamente anclada en el pasado,

como sabían los etnólogos y folcloristas de finales del siglo XIX que buscaban en las zonas rurales las viejas tradiciones y las «supervivencias populares». Todavía existían en la agricultura más revolucionaria.

Por contra, la industria no existía únicamente en el primer mundo. De forma totalmente al margen de la construcción de una infraestructura (por ejemplo, puertos y ferrocarriles) y de las industrias extractivas (minas) en muchas economías dependientes y coloniales, y de la presencia de industrias familiares en numerosas zonas rurales atrasadas, una parte de la industria del siglo XIX de tipo occidental tendió a desarrollarse modestamente en países dependientes como la India, incluso en esa etapa temprana, en ocasiones contra una fuerte oposición de los intereses de la metrópoli. Se trataba fundamentalmente de una industria textil y de procesado de alimentos. Pero también los metales penetraron en el segundo mundo. La gran compañía india de Tata, de hierro y acero, comenzó sus operaciones comerciales en el decenio de 1880. Mientras tanto, la pequeña producción a cargo de familias de artesanos o en pequeños talleres siguió siendo característica tanto del mundo «desarrollado» como de una gran parte del mundo dependiente. Esa industria no tardaría en entrar en un período de crisis, ansiosamente anunciada por los autores alemanes, al enfrentarse con la competencia de las fábricas y de la distribución moderna. Pero, en conjunto, sobrevivió con notable pujanza.

Con todo, es correcto hacer de la industria un criterio de modernidad. En el decenio de 1880 no podía decirse que ningún país, al margen del mundo «desarrollado» (y Japón, que se había unido a éste), fuera industrial o que estuviera en vías de industrialización. Incluso los países «desarrollados», que eran fundamentalmente agrarios o, en cualquier caso, que en la mente de la opinión pública no se asociaban de forma inmediata con fábricas y forjas, habían sintonizado ya, podríamos decir, con la onda de la sociedad industrial y la alta tecnología. Por ejemplo, los países escandinavos, a excepción de Dinamarca, eran sumamente pobres y atrasados hasta muy poco tiempo antes. Sin embargo, en el lapso de unos pocos decenios tenían mayor número de teléfonos per cápita que cualquier otra región de Europa,⁹ incluyendo el Reino Unido y Alemania; consiguieron mayor número de premios Nobel en las disciplinas científicas que los Estados Unidos y muy pronto serían bastiones de movimientos políticos socialistas organizados especialmente para atender a los intereses del proletariado industrial.

Podemos afirmar también que el mundo «avanzado» era un mundo en rápido proceso de urbanización y en algunos casos era un mundo de ciudadanos a una escala sin precedentes.¹⁰ En 1800 sólo había en Europa, con una población total inferior a los cinco millones, 17 ciudades con una población de más de cien mil habitantes. En 1890 eran 103, y el conjunto de la población se había multiplicado por seis. Lo que había producido el siglo XIX desde 1789 no era tanto el hormiguero urbano gigante con sus millones de habitantes hacinados, aunque desde 1800 hasta 1880 tres nuevas ciudades se habían añadido a Londres en la lista de las urbes que sobrepasaban el millón de habitantes (París, Berlín y Viena). El sistema predominante era un amplio

conglomerado de ciudades de tamaño medio y grande, especialmente densas y amplias zonas o conurbaciones de desarrollo urbano e industrial, que gradualmente iban absorbiendo partes del campo circundante. Algunos de los casos más destacados en este sentido eran relativamente recientes, producto del importante desarrollo industrial de mediados del siglo, como el Tyneside y el Clydeside en Gran Bretaña, o que empezaban a desarrollarse a escala masiva, como el Ruhr en Alemania o el cinturón de carbón y acero de Pensilvania. En esas zonas no había necesariamente grandes ciudades, a menos que existieran en ellas capitales, centros de la administración gubernamental y de otras actividades terciarias, o grandes puertos internacionales, que también tendían a generar muy importantes núcleos demográficos. Curiosamente, con la excepción de Londres, Lisboa y Copenhague, en 1880 ningún estado europeo tenía ciudad alguna que fuera ambas cosas a un tiempo.

II

Si es difícil establecer en pocas palabras las diferencias económicas existentes entre los dos sectores del mundo, por profundas y evidentes que fueran, no lo es menos resumir las diferencias políticas que existían entre ambos. Sin duda, había un modelo general de la estructura y las instituciones deseables de un país «avanzado», dejando margen para algunas variaciones locales. Tenía que ser un estado territorial más o menos homogéneo, soberano y lo bastante extenso como para proveer la base de un desarrollo económico nacional. Tenía que poseer un conjunto de instituciones políticas y legales de carácter liberal y representativo (por ejemplo, debía contar con una constitución soberana y estar bajo el imperio de la ley), pero también, a un nivel inferior, tenía que poseer un grado suficiente de autonomía e iniciativa local. Debía estar formado por «ciudadanos», es decir, por el agregado de habitantes individuales de su territorio que disfrutaban de una serie de derechos legales y políticos básicos, más que por corporaciones u otros tipos de grupos o comunidades. Sus relaciones con el gobierno nacional tenían que ser directas y no estar mediatizadas por esos grupos. Todo esto eran aspiraciones, y no sólo para los países «desarrollados» (todos los cuales se ajustaban de alguna manera a este modelo en 1880), sino para todos aquellos que pretendieran no quedar al margen del progreso moderno. En este orden de cosas, el estado-nación liberal-constitucional en cuanto modelo no quedaba limitado al mundo «desarrollado». De hecho, el grupo más numeroso de estados que se ajustaban teóricamente a este modelo, por lo general siguiendo el sistema federalista norteamericano más que el centralista francés, se daba en América Latina. Existían allí 17 repúblicas y un imperio, que no sobrevivió al decenio de 1880 (Brasil). En la práctica, estaba claro que la realidad política latinoamericana y, asimismo, la de algunas monarquías nominalmente constitucionales del sureste de Europa poco tenía que ver con la teoría constitucional. En una gran parte del mundo no desarrollado no existían estados de este tipo ni

de ningún otro. En algunas de esas zonas se extendían las posesiones de las potencias europeas, administradas directamente por ellas: estos imperios coloniales alcanzarían una gran expansión en un escaso lapso de tiempo. En otras regiones, por ejemplo en el interior del continente africano, existían unidades políticas a las que no podía aplicarse con rigor el término de *estado* en el sentido europeo, aunque tampoco eran aplicables otros términos habituales a la sazón (*tribus*). Otros sectores de ese mundo no desarrollado estaban formados por imperios muy antiguos como el chino, el persa y el turco, que encontraban paralelismo en la historia europea pero que no eran estados territoriales («estados-nación») del tipo decimonónico y que (todo parecía indicarlo) eran claramente obsoletos. Por otra parte, la misma obsolescencia, aunque no siempre la misma antigüedad, afectaba a algunos imperios ya caducos que al menos de forma parcial o marginal se hallaban en el mundo «desarrollado», aunque sólo fuera por su débil estatus como «grandes potencias»: los imperios zarista y de los Habsburgo (Rusia y Austria-Hungría).

Desde el punto de vista de la política internacional (es decir, por lo que respecta al número de gobiernos y de ministerios de Asuntos Exteriores de Europa), el número de entidades consideradas como estados soberanos en el mundo era bastante modesto en comparación con la situación actual. Hacia 1875 sólo había 17 estados soberanos en Europa (incluyendo las seis «potencias») —el Reino Unido, Francia, Alemania, Rusia, Austria-Hungría e Italia— y el imperio otomano), 19 en el continente americano (incluyendo una «gran potencia», los Estados Unidos), cuatro o cinco en Asia (fundamentalmente Japón y los dos antiguos imperios de China y Persia) y tal vez otros tres marginales en África (Marruecos, Etiopía y Liberia). Fuera del continente americano, que contenía el conjunto más numeroso de repúblicas del mundo, prácticamente todos esos estados eran monarquías —en Europa sólo Suiza y Francia (desde 1870) no lo eran—, aunque en los países desarrollados la mayor parte de ellas eran monarquías constitucionales o, cuando menos, avanzaban hacia una representación electoral de algún tipo. Los imperios zarista y otomano —el primero en los márgenes del desarrollo, el segundo claramente en el grupo de las víctimas— eran las únicas excepciones europeas. No obstante, aparte de Suiza, Francia, los Estados Unidos y tal vez Dinamarca, ninguno de los estados representativos tenía como base el sufragio democrático (si bien en ese momento era exclusivamente masculino),* aunque algunas colonias de población blanca del imperio británico (Australia, Nueva Zelanda y Canadá) tenían cierto grado de desarrollo democrático, mayor, desde luego, que el de los diferentes estados de los Estados Unidos, a excepción de algunos estados de las montañas Rocosas. Ahora bien, en esos países extraeuropeos, la democracia política asumió la eliminación de la antigua población indígena: indios, aborígenes, etc. En los lugares donde esa población no pudo ser eliminada

* La negación del derecho de voto a los analfabetos, sin mencionar la tendencia a los golpes militares, hace imposible calificar a las repúblicas latinoamericanas como «democráticas» en cualquier sentido.

mediante la expulsión a las «reservas» o el genocidio, no formaba parte de la comunidad política. En 1890, de los 63 millones de habitantes de los Estados Unidos sólo 230.000 eran indios.¹¹

En cuanto a la población del mundo «desarrollado» (y de los países que trataban de imitarlos o que se vieron forzados a hacerlo), la población adulta masculina se aproximó cada vez más a los criterios mínimos de la sociedad burguesa: el principio de que las personas eran libres e iguales ante la ley. La servidumbre legal no existía ya en ningún país europeo. La esclavitud legal, abolida prácticamente en todas las zonas del mundo occidental y en las dominadas por Occidente, estaba dando sus estertores finales incluso en sus últimos refugios, Brasil y Cuba; no sobrevivió al decenio de 1880. La libertad y la igualdad ante la ley no eran en forma alguna incompatibles con una desigualdad real. El ideal de la sociedad burguesa-liberal está claramente expresado en estas irónicas palabras de Anatole France: «La ley, en su igualdad majestuosa, da a cada hombre el derecho a cenar en el Ritz y dormir debajo de un puente». Sin embargo, en el mundo «desarrollado» era el dinero o la falta de él, más que la cuna o las diferencias de estatus o de libertad legal, lo que determinaba la distribución de todos los privilegios, salvo el de la exclusividad social. Por otra parte, la igualdad ante la ley no eliminaba la desigualdad política, pues no contaba sólo la riqueza, sino también el poder *de facto*. Los ricos y poderosos no eran únicamente más influyentes desde el punto de vista político, sino que podían ejercer una notable presión más allá de lo legal, como muy bien sabían los habitantes de regiones tales como los traspaises del sur de Italia y de América, por no mencionar a los negros norteamericanos. De cualquier forma, existía una notable diferencia entre aquellas zonas del mundo en las que tales desigualdades formaban parte del sistema social y político y aquellas en las que, al menos formalmente, eran incompatibles con la teoría oficial. En cierta forma, era algo similar a la diferencia existente entre aquellos países en los que la tortura era todavía una forma legal del proceso judicial (por ejemplo, en el imperio chino) y aquellos en los que no existía oficialmente, aunque la policía reconocía tácitamente la distinción entre las clases «torturables» y las «no torturables» (en palabras del novelista Graham Greene).

La distinción más notable entre los dos sectores del mundo era cultural en el sentido más amplio de la palabra. En 1880, el mundo «desarrollado» estaba formado en su casi totalidad por países o regiones en los que la mayoría de la población masculina y, cada vez más, la femenina era culta; donde la política, la economía y la vida intelectual en general se habían emancipado de la tutela de las religiones antiguas, reductos del tradicionalismo y la superstición y que monopolizaban prácticamente la ciencia, cada vez más esencial para la tecnología moderna. A finales de la década de 1870, cualquier país europeo con una mayoría de población analfabeta podía ser calificado con casi total seguridad como un país no desarrollado o atrasado, y a la inversa. Italia, Portugal, España, Rusia y los países balcánicos se hallaban, en el mejor de los casos, en los márgenes del desarrollo. En el seno del imperio austríaco (con

excepción de Hungría), los eslavos de los territorios checos, la población de habla alemana y los menos cultos italianos y eslovenos constituían las partes más avanzadas del país, mientras que los ucranianos, rumanos y serbocroatas, mayoritariamente incultos, eran los núcleos atrasados. Las ciudades con una población predominantemente inculta, como sucedía en gran parte del «tercer mundo» del momento, eran un índice aún más claro de atraso, pues normalmente el índice de cultura de las ciudades era mucho más alto que el de las zonas rurales. Detrás de tales divergencias existían algunos elementos culturales muy claros, como por ejemplo el mayor impulso que recibía la educación de la masa de la población entre los protestantes y judíos (occidentales) que entre los católicos, musulmanes y otras religiones. Habría sido difícil imaginar un país pobre y abrumadoramente rural como Suecia, que en 1850 tenía tan sólo un 10 por 100 de analfabetos, en otro lugar que no fuera la zona protestante del mundo (la que formaban la mayor parte de los países próximos al Báltico, el mar del Norte y el Atlántico Norte, con extensiones en la Europa central y en Norteamérica). Por otra parte, ese hecho reflejaba también el desarrollo económico y las divisiones sociales del trabajo. En Francia (1901) el índice de analfabetismo de los pescadores era tres veces mayor que el de los trabajadores y empleados domésticos; el de los campesinos, dos veces mayor, mientras que el índice de analfabetismo en las personas dedicadas al comercio era la mitad del que existía entre los obreros, siendo los funcionarios y los miembros de las profesiones liberales los sectores más cultos de la población. Los campesinos que trabajaban su propia explotación eran *menos* cultos que los trabajadores agrícolas (aunque no significativamente), pero, en los campos menos tradicionales de la industria y el comercio, los empresarios eran más cultos que los trabajadores (aunque no más que los cuadros de sus empresas).¹² En la práctica, es imposible separar los factores culturales, sociales y económicos.

Hay que establecer una distinción entre la educación a escala masiva, asegurada en esta época en los países desarrollados gracias a la extensión de la educación primaria por impulso del estado o bajo su supervisión, y la cultura de las elites, por lo general muy reducidas. En este punto eran menores las diferencias entre los dos sectores del planeta, aunque la educación superior de determinados estratos como los intelectuales europeos, los eruditos musulmanes o hindúes y los mandarines del este de Asia tenían poco en común (a menos que se adaptaran también al modelo europeo). Un alto índice de analfabetismo (como el existente en Rusia) no impedía que hubiera una cultura minoritaria, limitada a capas muy reducidas de la población, pero muy importante. Sin embargo, determinadas instituciones tipificaban la zona «de desarrollo» o de dominio europeo, fundamentalmente la secular institución de la universidad, que no existía fuera de esa zona* y, por mo-

* La universidad no era necesariamente todavía la institución moderna para el progreso del conocimiento en el modelo alemán decimonónico, que se estaba generalizando entonces por todo Occidente.

tivos diferentes, el teatro de ópera (véase el mapa de *La era del capital*). Ambas instituciones reflejaban la penetración de la civilización «occidental» dominante.

III

Definir las diferencias entre los sectores avanzado y atrasado, desarrollado y no desarrollado del mundo es un ejercicio complejo y frustrante, pues esa clasificación es por naturaleza estática y simple, lo cual no era la realidad que hay que encajar en ella. Cambio es el término que define al siglo XIX: cambio en función de las regiones dinámicas situadas en las orillas del Atlántico Norte que en ese período constituían el núcleo del capitalismo, y para satisfacer los objetivos de esas regiones. Con algunas excepciones de escasa importancia, todos los países, incluso los que estaban más aislados hasta ese momento, se vieron atrapados, de alguna forma, en los tentáculos de esa transformación global. Es también cierto que la mayor parte de los países más «avanzados» entre los «desarrollados» cambiaron en parte, adaptando la herencia de un pasado antiguo y «atrasado», pese a que en su seno había estratos y sectores de la sociedad que se resistían al cambio. Los historiadores no dejan de estrujarse el cerebro respecto a la forma más adecuada de formular y presentar este cambio universal pero diferente en cada lugar, la complejidad de sus modelos e interacciones y sus ejes fundamentales.

Lo que más habría impresionado a un observador en el decenio de 1870 habría sido la linealidad de ese cambio. En términos materiales, así como del conocimiento y de la capacidad para transformar la naturaleza, parecía tan evidente que el cambio significaba adelanto que la historia —desde luego, la historia moderna— parecía equivaler al progreso. El progreso se veía por la curva siempre creciente en todo aquello que podía ser medido o de lo que los hombres decidieran medir. La mejora constante, incluso en aquellas cosas que todavía la necesitaban, quedaba garantizada por la experiencia histórica. Se hacía difícil creer que poco más de tres siglos antes los europeos inteligentes hubieran tomado como modelo la agricultura, las técnicas militares e incluso la medicina de la antigua Roma, que sólo dos siglos antes se hubiera producido un debate serio sobre si los modernos podrían llegar alguna vez a superar los logros de los antiguos y que a finales del siglo XVIII los expertos dudaran sobre si estaba aumentando la población en Inglaterra.

El progreso era especialmente evidente e innegable en la tecnología y en su consecuencia obvia, el incremento de la producción material y de la comunicación. La maquinaria moderna, casi toda ella de hierro y acero, utilizaba como fuente de energía casi exclusivamente el vapor. El carbón había pasado a ser la fuente más importante de energía industrial. Constituía el 95 por 100 de esa energía en Europa (fuera de Rusia). Los arroyos y las colinas, que en Europa y América del Norte habían determinado en otro tiempo la situación de tantos talleres de producción de algodón, se integraron de

nuevo en la vida rural. Por otra parte, las nuevas fuentes energéticas, la electricidad y el petróleo, no tenían todavía gran importancia, aunque en el decenio de 1880 se podía contar ya con la generación de electricidad a gran escala y con el motor de combustión interna. Incluso en los Estados Unidos, en 1890 no había más de tres millones de bombillas, y a comienzos de la década de 1880 la economía europea industrial más moderna, Alemania, consumía menos de 400.000 toneladas de petróleo por año.¹³

La tecnología moderna no sólo era innegable y triunfante, sino además claramente visible. Las máquinas utilizadas para la producción, aunque no especialmente potentes de acuerdo con los parámetros actuales —en 1880, en el Reino Unido, la potencia media era de menos de 20 CV—, eran muy grandes, siendo todavía de hierro en su gran mayoría, como se puede comprobar visitando los museos de tecnología.¹⁴ Pero, sin duda alguna, las mayores y más potentes máquinas del siglo XIX eran también las más visibles y audibles. Estamos haciendo referencia a las 100.000 locomotoras de ferrocarril (200-450 CV) que arrastraban casi 2.750.000 vagones en largos trenes bajo estandartes de humo. Formaban parte de la innovación más sensacional del siglo, impensada —a diferencia de los viajes aéreos— un siglo antes cuando Mozart escribía sus óperas. El tendido férreo, amplias redes de brillantes raíles que discurrían por terraplenes, a través de puentes y viaductos y por desmontes, en túneles de hasta 15 km de longitud, por pasos de montaña muy altos como las cumbres alpinas más elevadas, constituían el esfuerzo más importante desplegado hasta entonces por el hombre en obras públicas. En su construcción se utilizaron más hombres que en cualquier otra iniciativa industrial. Llegaban hasta el centro de las grandes ciudades, donde sus logros triunfales eran celebrados en estaciones de ferrocarril igualmente triunfales y gigantescas, y hasta los lugares más remotos del campo, adonde no llegaba ningún otro signo de la civilización decimonónica. En 1882 eran casi dos mil millones los viajeros del ferrocarril; naturalmente, la mayor parte de ellos europeos (el 72 por 100) y norteamericanos (el 20 por 100).¹⁵ En las regiones «desarrolladas» de Occidente eran entonces muy pocos los hombres, y quizá también muy pocas mujeres, que en algún momento de su vida no habían tenido contacto con el ferrocarril. Probablemente, sólo el otro producto de la tecnología moderna, la red de líneas telegráficas con su interminable sucesión de postes de madera, con una extensión tres o cuatro veces mayor que la del tendido férreo, era más popular que el tren.

Los 22.000 barcos de vapor que existían en el mundo en 1882, aunque tal vez eran máquinas más potentes todavía que las locomotoras, no sólo eran mucho menos numerosos y tan sólo visibles para la pequeña minoría de individuos que frecuentaban los puertos, sino en cierto sentido mucho menos típicos. En efecto, en 1880 todavía (aunque por muy escaso margen) suponían un tonelaje menor, incluso en el industrializado Reino Unido, que los buques de vela. Por lo que respecta al conjunto de la navegación mundial, en 1880 de cada cuatro toneladas tres correspondían a la energía eólica y sólo una a la del vapor. Esta situación variaría de forma inmediata y decisiva en

favor del vapor en el decenio de 1880. La tradición predominaba aún en el agua, muy especialmente, a pesar del cambio de la madera al hierro y de la vela al vapor, en todo lo referente a la construcción, carga y descarga de los barcos.

¿Hasta qué punto habría prestado atención un observador atento y serio, en la segunda mitad del decenio de 1870, a los avances revolucionarios de la tecnología que se estaban incubando o que estaban viendo la luz en ese momento: los diferentes tipos de turbinas y motores de combustión interna, el teléfono, el gramófono y la bombilla eléctrica incandescente (que acababan de ser inventados), el automóvil, que hicieron operativo Daimler y Benz en la década de 1880, sin mencionar la cinematografía, la aeronáutica y la radiotelegrafía, que se pusieron en funcionamiento en el decenio de 1890? Casi con toda seguridad, habría esperado y anunciado importantes avances en todos los campos relacionados con la electricidad, la fotografía y la síntesis química, aspectos suficientemente familiares ya, y no se habría sorprendido de que la tecnología consiguiera superar un problema tan obvio y urgente como la invención de un motor móvil para mecanizar el transporte por carretera. No se podría esperar que hubiera anticipado la aparición de las ondas de radio y la radiactividad. Ciertamente, habría especulado —¿cuándo no lo han hecho los seres humanos?— sobre las perspectivas del hombre de poder volar y se habría sentido esperanzado al respecto, dado el optimismo tecnológico reinante en la época. Todo el mundo estaba ansioso de nuevos inventos, cuanto más sensacionales mejor. Thomas Alva Edison, que en 1876 puso en marcha en Menlo Park (Nueva Jersey) el que probablemente fue el primer laboratorio industrial privado, se convirtió en un héroe para los norteamericanos con su primer fonógrafo en 1877. Pero, con toda seguridad, no habría esperado las transformaciones producidas por todos esos inventos en la sociedad de consumo, pues, de hecho, excepto en los Estados Unidos, esas transformaciones serían relativamente modestas hasta la primera guerra mundial.

Así pues, el progreso era especialmente visible en la capacidad para la producción material y para la comunicación rápida y a gran escala en el mundo «desarrollado». Los beneficios de esa multiplicación de la riqueza no habían alcanzado todavía, en 1870, a la gran mayoría de la población de Asia, África y la mayor parte del cono sur de América Latina. Es difícil decir hasta qué punto habían llegado al grueso de la población en las penínsulas del sur de Europa o en el imperio zarista. Incluso en el mundo «desarrollado» se distribuían de forma muy desigual entre el 3,5 por 100 de la población que constituían las clases pudientes, el 13-14 por 100 de las clases medias y el 82-83 por 100 que formaban las clases trabajadoras, según la clasificación oficial francesa de los funerales de la República en el decenio de 1870 (véase *La era del capital*, capítulo 12). De todas formas, no se puede negar cierta mejora de la condición de la gran masa de la población en esa zona del mundo. El incremento de la altura de las personas, que en la actualidad supone que cada generación sea más alta que la anterior, había comenzado probablemente

en 1880 en una serie de países, pero no en todas partes, y en muy modestas proporciones en comparación con el cambio que se experimentó a partir de 1880 e incluso después. (La alimentación es la causa más decisiva de ese aumento de la estatura humana.)¹⁶ La expectativa media de vida al nacer era todavía suficientemente baja hacia 1880: de 43 a 45 años en las principales zonas «desarrolladas»,* aunque en Alemania se hallaba por debajo de los 40, y de 48 a 50 en Escandinavia.¹⁷ (Hacia 1960, en estos mismos países era de 70 años.) La expectativa de vida aumentó considerablemente con el cambio de siglo, aunque esta tendencia fue afectada por un descenso notable en la mortalidad infantil.

En resumen, la mayor esperanza para los pobres, incluso en las zonas «desarrolladas» de Europa, era todavía ganar lo suficiente para mantener unidos el cuerpo y el alma, tener un techo sobre la cabeza y la ropa necesaria, especialmente en los momentos más vulnerables de su ciclo vital, cuando las parejas tenían hijos que no habían alcanzado aún la edad de ganarse el sustento y cuando los hombres y mujeres envejecían. En las zonas «desarrolladas» de Europa ya no se pensaba en el hambre como una contingencia posible. Incluso en España, la última gran crisis de hambre tuvo lugar en los años 1860. Sin embargo, en Rusia el hambre era aún una circunstancia de la vida bastante significativa: lo sería en 1890-1891. En lo que más tarde se conocería como el «tercer mundo», el hambre seguía siendo endémica. Sin duda, estaba apareciendo un sector importante de campesinos prósperos, así como en algunos países existía un sector de trabajadores especializados o manuales «respetables», capaces de ahorrar dinero y de comprar más de lo estrictamente necesario para la vida. Pero lo cierto es que el único mercado cuyos beneficios tentaban al hombre de negocios era aquel que estaba pensado para las rentas de la clase media. La innovación más destacable en la distribución fue la de los grandes almacenes, que aparecieron en primer lugar en Francia, en Norteamérica y el Reino Unido y que comenzaban a penetrar en Alemania. El Bon Marché, el Whiteley's Universal Emporium o Wanamakers no estaban pensados para las clases obreras. En los Estados Unidos, con su gran masa de consumidores, se preveía ya la existencia de un mercado masivo de productos estandarizados de tipo medio, pero incluso allí el mercado masivo de los pobres quedaba todavía en manos de las pequeñas empresas, para las que era rentable aprovisionar a los pobres. La producción masiva moderna y la economía de consumo de masas no habían llegado todavía, pero no tardarían en hacerlo.

Pero el progreso parecía también evidente en lo que a la gente todavía le gustaba llamar «la estadística moral». Sin duda, la alfabetización cada vez era mayor. ¿Acaso no era una medida del desarrollo de la civilización que el número de cartas enviadas en el Reino Unido al iniciarse las guerras contra Bonaparte fuera de dos anuales por habitante y 42 en la primera mitad del decenio de 1880? ¿O que en 1880 se publicaran 186 millones de ejem-

* Bélgica, el Reino Unido, Francia, Massachusetts, los Países Bajos, Suiza.

plares de periódicos o revistas cada mes en los Estados Unidos, frente a los 330.000 de 1788? ¿Que en 1880, las personas que cultivaban la ciencia, convirtiéndose en miembros de las sociedades cultas, fueran unas 44.000, quince veces más que quince años antes?¹⁸ Sin duda, la moralidad determinada por los datos de las estadísticas criminales y por los cálculos poco seguros de quienes deseaban (como ocurría con muchos victorianos) condenar las relaciones sexuales extramatrimoniales, mostraban una tendencia menos satisfactoria. Pero ¿no se podía considerar el progreso de las instituciones hacia el constitucionalismo y la democracia liberal, evidente en todas partes en los países «avanzados» como un signo de perfeccionamiento moral, complementario de los extraordinarios triunfos científicos y materiales de la época? No habrían sido muchos los que estuvieran en desacuerdo con Mandell Creighton, obispo e historiador anglicano, que afirmaba que «tenemos que asumir, como hipótesis científica sobre la que se ha escrito la historia, un progreso en los asuntos humanos».¹⁹

Muy pocos habrían discrepado de esa conclusión en los países «desarrollados». Sin embargo, algunos habrían podido señalar que ese consenso era relativamente reciente incluso en estas zonas del mundo. En el resto del planeta, la mayoría de la gente ni siquiera habría entendido la afirmación del obispo, aun tras reflexionar sobre ella. La novedad, en especial cuando era introducida desde el exterior por la gente de la ciudad y por extraños, era algo que perturbaba costumbres antiguas y asentadas y no algo que sirviera para mejorar la situación. De hecho, las pruebas de que lo nuevo producía perturbaciones eran innumerables, mientras que eran débiles y poco convincentes las pruebas de que servía para mejorar la situación. El mundo no progresaba ni se suponía que tuviera que progresar. Esta era una conclusión que también hacía patente en el mundo «desarrollado» ese firme adversario de todo lo que significaba el siglo XIX, la Iglesia católica (véase *La era del capital*, capítulo 6, I). A lo sumo, si los tiempos eran malos por otras razones que no fueran los azares de la naturaleza o la divinidad, como el hambre, la sequía y las epidemias, se podía esperar restablecer el curso adecuado de la vida humana mediante el retorno a las creencias auténticas que de alguna manera hubieran sido abandonadas (por ejemplo, las enseñanzas del Corán) o mediante el regreso a un pasado real o supuesto de justicia y orden. En cualquier caso, las costumbres y la sabiduría antiguas eran las más adecuadas y el progreso implicaba que los jóvenes podían enseñar a los ancianos.

Así pues, fuera de los países avanzados, el «progreso» no era un hecho obvio ni un supuesto plausible, sino fundamentalmente un peligro y un desafío externos. Quienes se beneficiaban de él y lo recibían con entusiasmo eran las pequeñas minorías de gobernantes y de habitantes de las ciudades que se identificaban con valores ajenos e irreligiosos. Aquellos a los que los franceses llamaban en el norte de África *évolués* —«personas que han evolucionado»— eran, en ese período, precisamente aquellos que se habían apartado de su pasado y de su pueblo; que en ocasiones se veían obligados a

apartarse (por ejemplo, en el norte de África, abandonando la ley islámica) si querían gozar de los beneficios de la ciudadanía francesa. Eran todavía pocos los lugares, incluso en las regiones atrasadas de Europa próximas a las más avanzadas, donde los campesinos o los habitantes pobres de las urbes estuvieran preparados para seguir el camino marcado por los modernizadores contrarios a la tradición, como descubrirían muchos de los nuevos partidos socialistas.

Así pues, el mundo estaba dividido en una zona reducida en la que el «progreso» era indígena, y otra mucho más amplia en la que se introducía como un conquistador extranjero, ayudado por minorías de colaboradores locales. En la primera, incluso la masa del pueblo común creía que era posible y deseable e incluso que se estaba produciendo en algún sentido. En Francia, ningún político sensato trataba de obtener votos «conservadores» y ningún partido importante se presentaba como tal; en los Estados Unidos, el «progreso» era una ideología nacional; incluso en la Alemania imperial —el tercer gran país donde existía el sufragio universal masculino en la década de 1870—, los partidos que adoptaban el nombre de «conservadores» obtuvieron menos de una cuarta parte de los votos en las elecciones generales celebradas en ese decenio.

Pero si el progreso era tan poderoso, tan universal y deseable, ¿cómo explicar esa renuencia a aceptarlo e incluso a participar de él? ¿Era simplemente el peso muerto del pasado que de forma gradual, desigual pero inevitable, iría desapareciendo de los hombros de aquellas zonas de la humanidad que todavía se inclinaban bajo su peso? ¿Acaso no se construiría, a no tardar, un teatro de ópera, esa característica catedral de la cultura burguesa, en Manaus, 1.500 km río arriba en el Amazonas, en medio de la selva tropical, gracias a los beneficios obtenidos como consecuencia del auge del caucho, cuyas víctimas indias, por otra parte, no tenían la oportunidad de apreciar *Il Trovatore*? ¿Acaso no eran grupos de campeones militantes de los nuevos métodos, como los llamados «científicos» en México, quienes controlaban ya el destino de su país o se preparaban para hacerlo, al igual que el llamado Comité para la Unión y el Progreso (más conocido como los Jóvenes Turcos) en el imperio otomano? ¿No había acabado Japón con varios siglos de aislamiento para abrazar las costumbres e ideas occidentales y para convertirse en una gran potencia moderna, como pronto lo demostraría de forma concluyente su triunfo y conquista militar?

Sin embargo, la imposibilidad o el rechazo de la mayor parte de los habitantes del planeta para seguir el ejemplo de las burguesías occidentales era mucho más destacable que el éxito de los intentos de imitarlo. Probablemente, era de todo punto lógico que los conquistadores del primer mundo, todavía en posición de ignorar a los japoneses, concluyeran que grandes núcleos de la humanidad eran incapaces, desde el punto de vista biológico, de conseguir lo que sólo una minoría de seres humanos de piel blanca —o, de forma más restringida, procedentes del norte de Europa— se habían mostrado preparados para alcanzar. La humanidad quedaba dividida por la «raza», idea que impregnaba la ideología del período de forma casi tan profunda como el

«progreso», en dos grupos: aquellos cuyo lugar en las grandes celebraciones internacionales del progreso, las exposiciones universales (véase *La era del capital*, capítulo 2), estaba en los *stands* del triunfo tecnológico, y aquellos cuyo lugar se hallaba en los «pabellones coloniales» o «aldeas nativas» que los complementaban. Incluso en los países «desarrollados», la humanidad se dividía cada vez más en el grupo de las enérgicas e inteligentes clases medias y en el de las masas cuyas deficiencias genéticas les condenaban a la inferioridad. Se recurría a la biología para explicar la desigualdad, sobre todo por parte de aquellos que se sentían destinados a detentar la superioridad.

Y, sin embargo, el recurso a la biología también dramatizaba la desesperanza de aquellos cuyos planes para la modernización de sus países encontraban la incompreensión y resistencia de sus pueblos. En las repúblicas de América Latina, inspiradas por las revoluciones que habían transformado Europa y los Estados Unidos, los ideólogos y políticos consideraban que el progreso de sus países dependía de la «arionización», es decir, el progresivo «blanqueo» de la población a través de los matrimonios mixtos (Brasil) o de la repoblación virtual mediante la importación de europeos blancos (Argentina). Sin duda, sus clases gobernantes eran blancas, o así se consideraban, y los apellidos no ibéricos de descendencia europea entre las elites políticas eran y son todavía desproporcionadamente frecuentes. Pero incluso en Japón, por improbable que pueda parecer esto hoy en día, la «occidentalización» parecía lo bastante problemática en ese período como para indicar que sólo podría conseguirse mediante una infusión de lo que ahora llamaríamos genes occidentales (véase *La era del capital*, capítulos 8 y 14).

Tales incursiones en esa charlatanería pseudocientífica (véase *infra*, capítulo 10) dramatizan el contraste entre el progreso como aspiración universal y la realidad y la desigualdad de su avance real. Sólo algunos países parecían estar convirtiéndose, a un ritmo diferente, en economías industrial-capitalistas, en estados liberal-constitucionales y en sociedades burguesas según el modelo occidental. Incluso en el seno de los países o comunidades, el abismo entre los «avanzados» (que, en general, eran también los ricos) y los «atrasados» (que, también en general, eran los pobres) era enorme y dramático, como no tardarían en descubrir las clases medias y pudientes judías, confortables, civilizadas y asimiladas, de los países occidentales y de la Europa central ante los dos millones y medio de correligionarios suyos que emigraron hacia Occidente desde los guetos del este de Europa. ¿Podría decirse de esos bárbaros que eran realmente el *mismo* tipo de personas «que nosotros»?

¿Acaso la masa de los bárbaros internos y externos era tan importante como para limitar el progreso a una minoría que mantenía la civilización tan sólo porque era posible controlar a los bárbaros? ¿No había sido John Stuart Mill quien dijera que «el despotismo es una forma legítima de gobierno sobre los bárbaros con tal de que el fin que se persiga sea la mejora de su situación»?²⁰ Pero había otro dilema de progreso más profundo. ¿Adónde conducía en realidad? Ciertamente que la conquista global de la economía mundial, la marcha hacia adelante de una tecnología y una ciencia triunfantes sobre las

que se basaba cada vez más era innegable, universal, irreversible y, en consecuencia, inevitable. Ciertamente que en la década de 1870 los intentos de detenerla o incluso de retardar su marcha eran cada vez más irreales y débiles y que incluso las fuerzas dedicadas a conservar las sociedades tradicionales intentaban conseguirlo, a veces, utilizando las armas de la sociedad moderna, al igual que los predicadores actuales de la verdad literal de la Biblia utilizan ordenadores y emisiones de radio. Ciertamente también que el progreso político en forma de gobiernos representativos y el progreso moral en forma de extensión de la cultura continuaría e incluso se aceleraría. Pero ¿conduciría al avance de la civilización en el sentido en que el joven John Stuart Mill había articulado las aspiraciones de la centuria de progreso: un mundo, incluso un país «más perfeccionado, más eminente, en las mejores características del hombre y la sociedad; más avanzado en el camino hacia la perfección; más feliz, más noble y más sabio»?²¹

En la década de 1870, el progreso del mundo burgués había llegado hasta un punto en que comenzaban a escucharse voces más escépticas e incluso más pesimistas. Esas voces se veían reforzadas por la situación en que se encontraba el mundo en la década de 1870 y que pocos habían previsto. Los fundamentos económicos de la civilización que progresaba se vieron sacudidos por terremotos. Tras una generación de expansión sin precedentes, la economía mundial se hallaba en crisis.